

Texto del catálogo de la exposición **Miquel Barceló. Pinturas 1984**, en la galería Juana de Aizpuru, Madrid.

Acercaos. Es un magma informe y caótico. Una materia opaca y residual. Oscura, manifestándose desde su oscuridad, y rebelde. Es una materia terca e incoercible. Venida a la luz pero permaneciendo oculta, cerrada en su propia apariencia, en su brutalidad original. Conservando su estado puro, su orden magmático, su color de antes de subir a la luz. Acercaos. Nada veréis. Sólo la tiniebla. Sólo la tenebrosa profundidad de la materia. Sin sentido y sin orden. Sólo la materia en su puro no-ser, ininteligible y bruta. Pero no temáis. Aunque se mueva.

Aunque se mueva en ese movimiento lentísimo y denso, espeso, como el de la roca fundida y el metal. Haciéndose y deshaciéndose sin llegar a la forma, sin llegar a ser nunca figura. Sólo presencia sensible, materia primera. Ni tierra, ni fuego, ni aire, ni agua. Masa. Sin categoría ninguna. Sin diferenciación posible. Sólo cambio y movimiento. Caos. U orden incomprensible. No es del orden de la realidad esta materia. No es de la materia de la realidad, esta materia. Sino anterior a ella, anterior a toda materia física. Anterior a cualquier posible contemplación. Anterior a todo y al tiempo.

¿A qué viene aquí esta materia, fuera de tiempo, si no sostiene forma, si no da sentido a la realidad?. Es su movimiento su sustancia, su ser la acción. No es materia inerte, es materia en ebullición. Y es viva su naturaleza, aunque su principio parezca metafísico. **Es materia pictórica**. Es la sustancia de una forma, de un **eidos** desplegándose, revelándose en la superficie de la tela. Recogiéndose y extendiéndose. Configurando un mundo, con su orden propio, ajeno al nuestro e incomprensible. Donde alternan las sombras con la luz. La claridad con la tiniebla: los dos principios, poderosos y eternos, que luchan en la contienda, en el escenario del mundo. La materia rebelde y oscura y la forma aquiescente y luminosa.

Forma de la luz configurándose desde la tiniebla de la pura materia. Materia que, ahora, se recoge, se conforma, se concentra, se delimita. Emergiendo de ese fondo sin sentido y sin concierto. Armonizándose, ahora, del caos material al cosmos de la forma. De la tiniebla a la iluminación. De la sinrazón al entendimiento. De la nada a las formas de las cosas y a sus apariencias sensibles. Visibles y reconocibles, tantas hemos visto en semejante disposición. ¿Imitación de la realidad? ¿De las formas de la realidad? Eso es lo que se dijo del arte, de la pintura y la poesía: **imitatio, dispositio, elocutio**.

Pero no hay aquí, en la pintura de Barceló, imitación de la realidad ¿Para qué imitarla si está presente, retenida en la tela, en su pura materialidad? Opaca, grávida, untuosa, densa. No, no es imitación de la realidad, es acontecer de la realidad misma. Contrucción. Con su negritud y su luminosidad. Su sin sentido y su significación. Su apariencia y su verdad. Frente a la obra de arte, frente a lo que para cada uno de nosotros es arte, pasamos de súbito a estar donde habitualmente no estamos. Estamos frente a una verdad y frente a nosotros mismos.

Como frente a **Geórgica**. Frente al tractor. Las piernas que bucean bajo la máquina. El conejo muerto. El bodegón. El libro de Virgilio. Nada sorprendente. Objetos de nuestra cotidianidad más inmediata y sin relieve: objetos que nuestra cotidianidad nos ocultó perdidos en el continuum de lo real, y que ahora la pintura nos revela devolviéndonos la existencia. Ofreciéndonos a nosotros la verdadera presencia de la realidad, aquella que sólo percibimos fugazmente o que pasa frente a nosotros, oculta, entre la infinitud del tiempo y del espacio. **Human kind cannot bear very much reality**. No, el género humano no puede soportar mucha realidad.

Pero la realidad del arte, cuando éste se da, es ineludible. Nos toma, nos prende, nos somete a su orden, a su mundo colmado de sentido, donde cada uno encuentra su lugar y se reconoce a sí mismo en aquello que de sí mismo el arte le revela: el más íntimo pensamiento, el recuerdo más sutil, la paradoja más turbadora. Esa es la cifra sobre la cual se construye el mundo pictórico de Miguel Barceló: lo que puede revelarnos a nosotros es también desvelado para sí mismo. El también se sorprende, se conoce y reconoce en el trazo, en los gestos y en las formas que su entusiasmo le dicta.

Conocida es su forma de pintar, el modo de enfrentarse a la tela, a la realidad y a la historia: todo confluye en la construcción, en la **poiesis**, de esta realidad que se da en su pintura. Una realidad que ya no es ni subjetiva ni objetiva, ni real ni ideal, ni consciente ni inconsciente, sino que es la **indiferencia** absoluta que nace de la síntesis de todo antagonismo. Es lo que dice Kewin Power de Miquel Barceló "que pinta para descubrir el orden capaz de unir tensiones contrarias". Que se sintetizan en el cuadro como una verdad indemostrable pero cierta que prende en lo que tiene de más íntimo y subjetivo y en lo que tiene de más universal y ahistórico.

Como un presente infinito, como un pasado remotísimo que se hiciera actualidad; como la inconsciencia volviéndose consciente, y objetiva la más íntima subjetividad. Toda acción de crear, lo sabe Miguel Barceló, es un acto voluntario, un acto consciente y libre, pero el resultado, la obra artística, como es también producto de una inteligencia inconsciente, sobrepasa todos los proyectos e intenciones racionales: por eso hay una verdad, en cada obra, que espera ser desvelada. Una verdad indescriptible, indemostrable, pero indiscutiblemente cierta.

Y es la verdad que el pintor ha **visto** en Tintoretto, en Rubens, en Tiziano: es la misma verdad que ha **reconocido** entre las cifras temblorosas de Thomas Bernhard y Thomas Mann y Mallarmé. Una verdad que se esconde, que se oculta entre las apariencias de la realidad y que hay que saber ver y leer en este libro cifrado que es el mundo. Libros cerrados como verdades ocultas y que están aquí, en los estantes de la biblioteca, solícitos, esperando que una mano los abra en aquél punto, preciso y matemático, donde se esconde o duerme una verdad.

Marchan los hombres por caminos diversos. Quien les siga y compare verá nacer extrañas figuras; figuras que aparecen pertenecer a esta gran escritura cifrada que se encuentra en todas partes: en las alas, en la cáscara de los huevos, en las nubes, en la nieve, en los cristales, en las formas de las rocas, sobre las aguas heladas, en el interior y en el exterior de las montañas, de las plantas, de los animales, de los hombres, de la claridad del cielo, en los pedazos de cristal y de resina y en las extrañas conjeturas del azar. Allí se presiente la clave de esta escritura singular y su gramática; pero este presentimiento se resiste a ser fijado bajo ninguna forma y parece que rehuya transformarse en la clave suprema.

Es el entusiasmo por el re-conocimiento de una verdad, pequeña e incommunicable encontrada en un libro, en una pintura, debajo de una piedra o en un orden de las estrellas, lo que impulsa a Miquel Barceló a la acción, inapelable, de pintar: el único modo posible de dar forma, de objetivizar, de nombrar aquella verdad, que solo la pintura puede mostrar y preservar del tiempo que todo lo confunde. De este modo es la pintura para Barceló: como el acto más libre y como la necesidad más perentoria. Como modo de conocimiento y como forma de saber: como una fatalidad ineludible y como la más deseada libertad.

La pintura de Miguel Barceló es como un producto inconsciente de la naturaleza, una fuerza irracional oscura y desconocida que impele a obrar y que acaba y perfecciona

lo que la conciencia había iniciado. Síntesis de la cultura más delicada y de la naturaleza más agreste. Un concierto campestre en un campo de desperdicios y una voluntad furiosa que quiere conciliar y armonizar antagonismos: el concierto envilecerse y perder lo que tiene de sutil y de culto; los desperdicios se ennoblecen, pierden su naturaleza degradada y devienen categoría estética. Sólo una contradicción infinita puede mover a la voluntad a atemperar tan alejadas y enemigas presencias.

Es el reconocerse en lo más sublime y lo más vil, y el saber que la perfecta identidad de ambos sólo puede darse en el dominio ideal de la pintura, que se vive desde aquél espacio a donde ella misma nos ha transportado. "Un gesto pictórico puede ser William Faulkner, otro gesto Shakespeare". Y aquella disposición de las manos un Bellini, aquél rostro un Giorgione, envueltos no en la diafanidad de la Venecia culta y mercantil de sedas y rasos, sino surgiendo de entre esta fuerza irracional anterior a todo orden y toda civilización.

"Esta contradicción sacude enteramente al hombre con todas sus fuerzas, por esta razón esta contradicción es, sin duda, una contradicción que afecta a **lo que hay de último en él**, la raíz de toda su existencia (lo que es verdadero en sí). Se diría que, en los raros hombres que, más que todos los demás, son artistas en el sentido más elevado del término, la inmutable identidad, sobre la que reposa toda existencia, es despojada del velo con que se cubre delante de los otros hombres... Eso es lo que pone en movimiento al impulso artístico, de la misma forma que el arte es la única cosa que puede tranquilizar nuestras aspiraciones infinitas y resolver en nosotros la última y extrema contradicción".

No es la belleza la categoría peculiar de la pintura de Miguel Barceló. La belleza es un orden que construye y reconoce la razón: una razón geométrica y matemática, amiga del cálculo, la medida y la proporción. Cada uno de estos atributos toma en la pintura de Barceló un raro significado: no son, al menos, evidentes. Son atributos ocultos que no se ofrecen con facilidad, cubiertos, como están, de magma orgánico y geológico. Son, sin embargo, los que sostienen esa estructura dinámica, esa fuerza de persuasión, esa poesía que vitaliza la materia negra y espesa y profunda.

No, no es la belleza su categoría propia (¿ha sido bella, alguna vez, la gran pintura?), sino ese orden armónico construido por la percepción, el sentimiento y la memoria – independiente de aquella **Armonía mundi** que percibían los clásicos – lo que se ofrece a la vista. De la síntesis de los contrarios nace la armonía, que es discordia, que es fusión de lo que es diverso, concordia de lo que es discordie. Y acuerdo en el desacuerdo. Armonía que es tragedia: la de querer reposar en la fusión de la idea y la materia, el deseo y la realidad y de vivir en ese espacio ideal construido con la fuerza del instinto y la libertad de la razón.

Antoni Marí